

Pequeños cuentos burgueses

Un lugar para que rece
Adela: cuentos de despojo

ANDRÉS MAURICIO MUÑOZ
Universidad de Antioquia, Medellín,
2015, 139 pp.

TRAS LA novela *Te recordé ayer Raquel* (2004) y la colección de cuentos *Desasosiegos menores* (2011), Andrés Mauricio Muñoz publica su tercer libro que reúne siete cuentos. En el primero, que da título al conjunto, una mujer protagoniza la tragedia de no poder visitar la tumba de su antigua pareja. Desde el presente se activa el relato de la vida de Adela, una mujer que se enamoró y tuvo tres hijas con un hombre casado; él lleva veinte años muerto. Adela visita su tumba con frecuencia, pero cuando muere la esposa legítima y la entierran al lado de él, siente que se queda sin un espacio para estar a solas con su finado. Tendrá que sufrir el oprobio de visitar la tumba del hombre que amó, ahora “acompañado” por los restos de la esposa. Al final es el nieto quien le acondiciona a la abuela, viuda por años de un marido ajeno, un lugar para que rece, un santuario especial para recordar al profesor adúltero y mentiroso.

El segundo cuento, “Una carrera especial”, es una ficción vista desde la perspectiva de los dos protagonistas. Es un divertimento insulso en el que un taxista, que tuvo la oportunidad de hacerle una carrera al cantante Leo Dan, imagina que en efecto se la hizo. Muñoz inventa un chofer que se inventa un recorrido, una puesta en abismo que, no por la vuelta de tuerca final, supera el nivel de lo chusco.

El tercero, “Cuestión de registro”, trata de una pareja que compra una casa y de la toma abusiva de esta por un tercero en perjuicio de los propietarios; una versión realista y menor de “Casa tomada”, de Julio Cortázar. La pareja, que busca sin éxito tener un hijo y que por tanto se siente fracasada, compensa esa ausencia con la adquisición inmobiliaria. Al final del relato, las vidas del dueño y el invasor se intercambian. Un buen cuento que se malogra en el desenlace.

El cuarto, “Adriana en el andén”, es la historia de un hombre provincia-

no que fracasa en la metrópoli y que no quiere volver a su pueblo con esa derrota a cuestas, pues no desea ser objeto de la burla de sus paisanos. No importa el fracaso, lo verdaderamente importante es que nadie se dé cuenta, y amparado en el anonimato de la gran ciudad oculta su crisis.

El quinto, “Una noche precaria”, es una tragicomedia de amor descompensado. Desde el presente, y durante una jornada laboral, Álvaro Collazos, un hombre quisquilloso y lleno de manías, empieza a recordar algunos hechos ocurridos nueve años antes. El relato se disloca entre los dos tiempos, y en la narración se entrecruzan pasado y presente, con un montaje preciso y articulado que va del hoy en la vida del protagonista a la noche en que él y Verónica, una amiga que le gustaba y con quien estaba saliendo, fueron testigos del atropellamiento de un hombre. Ese día, el hombre había hecho acopio de valor y había decidido declarar su amor a la mujer, pero esa voluntad se desvanece con el accidente. Álvaro lleva nueve años endosando su pusilanimidad a los azares de la vida: “Esa noche (...) tal vez se dilapidó la única posibilidad real que había tenido en terrenos del amor” (p. 100). Tras el accidente la relación se daña y no vuelve a ser la misma; pero por una casualidad del destino, nueve años después, el mismo día en que Álvaro está recordando, recibe un correo electrónico de Verónica, con quien acuerda una cita para esa misma noche. Ese encuentro tampoco ocurre: Álvaro lo prepara al detalle pero se queda dormido. De la portería de su edificio le insisten pero él no despierta. El celular lo tiene sin sonido.

El sexto, “Un trozo de natilla para Bernardo”, es otra tragedia ominosa, que activa de nuevo desde el presente un recuerdo del pasado: esta vez la celebración de Nochebuena de un matrimonio, separado por más de veinte años, que solo se reúne el 24 de diciembre para estar en “familia”. La mujer, que sigue pendiente del ex y que procura congraciarse con él en ese único día, cree que nadie lo nota, y los hijos y el marido callan para no poner en evidencia a la leal mujer enamorada del amor. La señora que dos décadas después sigue amando al señor espera que este año, a diferencia del anterior, pueda servirle a él un pedacito de na-

tilla.

El séptimo, “Una tumba en el parque”, trata sobre la amistad entre un hombre y una mujer, en la que él aporta emocionalmente más que ella. Empieza con un episodio de suspenso: la pareja y un niño, sobrino de la mujer, van a enterrar el cuerpo de Roberto en el parque de un barrio residencial; pese a la oposición del hombre, una sutil manipulación de la mujer lo hace obedecer. El narrador informa sobre las características de esa amistad: Miguel es el mejor amigo de Adriana, cómplice de planes en la alegría y paño de lágrimas en la tristeza. Sin embargo, esa relación se quiebra y acaba cuando Adriana se enoja con Roberto, quien le regala un perro al que le ponen ese mismo nombre. Tras la ruptura del noviazgo y la muerte de Roberto el perro, Adriana busca a Miguel para que le ayude a enterrarlo, a lo cual el amigo acude con la nobleza y estolidez del más leal de los canes. Pese a lo rocambolesco del final, el relato termina pero el cuento no acaba.

Muñoz es competente en la estructuración de los cuentos, dosifica bien la información, maneja el suspenso, hace contrapuntos y construye personajes memorables. Claro, también le falta autocrítica, los títulos de sus cuentos son pretenciosos, cuando no ambiguos; su escritura quiere ser elegante pero resulta plana, sin relieve, y por momentos sus ficciones son inverosímiles o parecen inacabadas. Le sobran prudencia y solemnidad, y le faltan humor y soltura. Es un escritor aséptico, juicioso y cumplidor, pero frío y desapasionado; hace bien la tarea, pero tan correcta y limpiamente que resulta impersonal. Sin embargo, el problema principal de los cuentos de esta colección es la ausencia de ironía. Muñoz debe correr más riesgos, salir de su zona de confort, atreverse, permitir que sus personajes actúen y burlarse de ellos sin contemplación. Un personaje tan complejo y rico como Álvaro Collazos se desaprovecha: el autor lo caracteriza muy bien, pero lo controla demasiado y no lo deja actuar por su cuenta.

Los personajes de Muñoz invierten su tiempo en actividades productivas; son docentes, amas de casa, taxistas, oficinistas, ingenieros, administradores, mensajeros, fisioterapeutas o ar-

quitectos, entre otros. En los cuentos hay reflexiones sobre las profesiones, los trabajos y los oficios, sobre cómo se han ganado la vida los personajes, sobre cómo o cuándo buscar una promoción laboral, un ascenso o un cambio de trabajo. Todos los cuentos de la colección muestran crisis burguesas de diferente nivel, en las que personajes más o menos acomodados se inventan melodramas acordes con su clase social: ser la amante de un hombre casado, tener un cliente incómodo, la selección de las cortinas de la casa nueva, sentir envidia por un amigo exitoso, decidir cuándo declararse a una mujer, ser un buen anfitrión, padecer una amiga manipuladora, las honras fúnebres de la mascota. Hondos problemas de personajes superficiales, rituales sociales en vilo por el qué dirán, ceremonias de almidón y pastillaje, formas sin contenido.

Es una constante que, para los protagonistas de los cuentos, los aspectos económico y laboral funcionen, pero el aspecto personal no. Ese desajuste de los personajes es lo que le interesa a Muñoz, y esas las tragedias en las que ahonda, como si los logros profesionales fueran un reemplazo de las carencias personales. El autor quiere asegurarse de que el lector entienda que los protagonistas de sus ficciones se inspiran en el lado “normal” de la vida, en el lado del empleo y de la vida económicamente activa, en el centro por oposición a la periferia, en la ética del trabajo y el espíritu del capitalismo. Apela a un sistema de valores y a una ideología, en los que conceptos como utilidad, eficiencia, confort, puntualidad, progreso, son lo más importante. Los personajes hacen parte de una clase media asentada en la comodidad rutinaria, sin vicisitudes ni altibajos económicos, sin ambiciones de ascenso social ni riesgos de verdaderas crisis; la clase media del consumo permanente. A Muñoz le convendría salir de la comodidad de los temas de la pequeña burguesía, y buscar personajes y voces diferentes. Asumir el reto de crear entes de ficción que vayan más allá de sus rutinas creativas, para que puedan escucharse esas voces inéditas que por ahora habitan mudas en su imaginación.

Carlos Soler